

# UN CASO DE IDENTIDAD

de Arthur Conan Doyle



Publicado por [Libros Gratis Online](#).  
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una [Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[Un caso de identidad de Arthur Conan Doyle](#)

## UN CASO DE IDENTIDAD

"Querido amigo -dijo Sherlock Holmes mientras nos sentábamos a ambos lados del fuego en su alojamiento de Baker Street-, la vida es infinitamente más extraña que cualquier cosa que la mente del hombre pueda inventar. No nos atreveríamos a imaginar las cosas que en realidad son simples hechos cotidianos de la vida. Si pudiéramos salir volando por esa ventana de la mano, sobrevolar esta gran ciudad, retirar suavemente los tejados y asomarnos a las cosas extrañas que ocurren, a las extrañas coincidencias, a los planes, a los propósitos cruzados, a las maravillosas cadenas de acontecimientos, que funcionan a través de las generaciones y que conducen a los resultados más extravagantes, haría que toda la ficción, con sus convencionalismos y sus conclusiones previstas, fuera de lo más rancia y poco provechosa."

"Y sin embargo, no estoy convencido de ello", respondí. "Los casos que salen a la luz en los periódicos son, por regla general, lo suficientemente escuetos y vulgares. Tenemos en nuestros informes policiales el realismo llevado a sus límites extremos, y sin embargo el resultado no es, hay que confesarlo, ni fascinante ni artístico."

"Hay que utilizar cierta selección y discreción para producir un efecto realista", comentó Holmes. "Esto falta en el informe policial, donde se hace más hincapié, quizás, en los tópicos del magistrado que en los detalles, que para un observador contienen la esencia fundamental de todo el asunto. No hay nada tan poco natural como los hechos cotidianos".

Sonreí y negué con la cabeza. "Puedo entender que piense así", dije. "Por supuesto, en su posición de asesor no oficial y ayudante de todos los que están absolutamente perplejos, a lo largo de tres continentes, usted está en

contacto con todo lo que es extraño y bizarro. Pero aquí" -recogí el periódico de la mañana del suelo- "vamos a ponerlo a prueba en la práctica. Este es el primer título que he encontrado. "La crueldad de un marido con su mujer". Hay media columna de letra, pero sé, sin leerlo, que todo me resulta perfectamente familiar. Está, por supuesto, la otra mujer, la bebida, el empujón, el golpe, la contusión, la hermana comprensiva o la casera. El más burdo de los escritores no podría inventar nada más burdo".

"En efecto, su ejemplo es desafortunado para su argumento", dijo Holmes, tomando el papel y echando un vistazo a él. "Se trata del caso de la separación de Dundas y, por casualidad, me ocupé de aclarar algunos pequeños puntos en relación con él. El marido era abstemio, no había otra mujer, y la conducta denunciada era que había adquirido el hábito de terminar cada comida sacando su dentadura postiza y lanzándosela a su mujer, lo cual, como usted comprenderá, no es una acción que se le ocurra a la imaginación del narrador medio. Tome un pellizco de rapé, doctor, y reconozca que le he dado un buen golpe con su ejemplo".

Le tendió su tabaquera de oro viejo, con una gran amatista en el centro de la tapa. Su esplendor contrastaba tanto con sus formas hogareñas y su vida sencilla que no pude evitar comentarlo.

"Ah", dijo, "me olvidé de que no te había visto durante algunas semanas. Es un pequeño recuerdo del rey de Bohemia a cambio de mi ayuda en el caso de los documentos de Irene Adler".

"¿Y el anillo?" pregunté, echando un vistazo a un notable brillante que brillaba en su dedo.

"Era de la familia reinante de Holanda, aunque el asunto en el que les serví era de tal delicadeza que no puedo confiárselo ni siquiera a usted, que ha tenido la bondad de hacer la crónica de uno o dos de mis pequeños problemas".

"¿Y tienes alguno a mano ahora mismo?" pregunté con interés.

"Unos diez o doce, pero ninguno que presente alguna particularidad de interés. Son importantes, como comprenderá, sin ser interesantes. De hecho, he comprobado que, por lo general, es en los asuntos sin importancia donde hay campo para la observación y para el rápido análisis de causa y efecto que da el atractivo a una investigación. Los crímenes más grandes suelen ser los más sencillos, porque cuanto más grande es el crimen, más obvio es, por regla general, el motivo. En estos casos, salvo un asunto bastante intrincado que me han remitido desde Marsella, no hay nada que presente rasgos

de interés. Es posible, sin embargo, que tenga algo mejor antes de que pasen unos minutos, ya que este es uno de mis clientes, o estoy muy equivocado."

Se había levantado de su silla y estaba de pie entre las persianas separadas, mirando hacia la calle londinense, de tonos neutros y apagados. Mirando por encima de su hombro, vi que en la acera de enfrente había una mujer grande con una pesada bufanda de piel alrededor del cuello y una gran pluma roja rizada en un sombrero de ala ancha que estaba inclinado a la manera coqueta de la Duquesa de Devonshire sobre su oreja. Debajo de esta gran panoplia, miraba de forma nerviosa y vacilante hacia nuestras ventanas, mientras su cuerpo oscilaba hacia adelante y hacia atrás, y sus dedos jugueteaban con los botones de sus guantes. De repente, con una zambullida, como la del nadador que abandona la orilla, se apresuró a cruzar la calle, y oímos el agudo tañido del timbre.

"He visto esos síntomas antes", dijo Holmes, arrojando su cigarrillo al fuego. "La oscilación en la acera siempre significa un affaire de coeur. Le gustaría recibir un consejo, pero no está segura de que el asunto no sea demasiado delicado para comunicarlo. Y sin embargo, incluso aquí podemos discriminar. Cuando una mujer ha sido gravemente perjudicada por un hombre ya no oscila, y el síntoma habitual es un hilo de timbre roto. Aquí podemos entender que hay un asunto de amor, pero que la doncella no está tan enfadada como perpleja, o apenada. Pero aquí viene en persona a resolver nuestras dudas".

Mientras hablaba se oyó un golpecito en la puerta, y el chico de botones entró para anunciar a la señorita Mary Sutherland, mientras la propia dama se asomaba detrás de su pequeña figura negra como un mercante a toda vela detrás de un diminuto barco piloto. Sherlock Holmes le dio la bienvenida con la naturalidad que le caracterizaba y, tras cerrar la puerta y sentarla en un sillón, la observó con la minuciosidad y abstracción que le eran propias.

"¿No te parece", dijo, "que con tu corta vista es un poco difícil escribir a máquina?"

"Al principio sí", respondió ella, "pero ahora sé dónde están las letras sin mirar". Entonces, al darse cuenta de repente de todo el significado de sus palabras, dio un violento sobresalto y levantó la vista, con miedo y asombro en su amplio y bienhumorado rostro. "Ha oído hablar de mí, señor Holmes", exclamó, "si no, ¿cómo podría saber todo eso?"

"No importa", dijo Holmes, riendo; "es mi trabajo saber cosas. Tal vez me haya entrenado para ver lo que otros pasan por alto. Si no es así, ¿por

qué ha venido a consultarme?"

"He venido a consultarle, señor, porque he oído hablar de usted por la señora Etherege, cuyo marido encontró con tanta facilidad cuando la policía y todo el mundo lo había dado por muerto. Oh, señor Holmes, me gustaría que hiciera lo mismo por mí. No soy rica, pero aun así tengo cien al año por derecho propio, además de lo poco que gano con la máquina, y lo daría todo por saber qué ha sido del señor Hosmer Angel."

"¿Por qué ha venido a consultarme con tanta prisa?", preguntó Sherlock Holmes, con las puntas de los dedos juntas y los ojos hacia el techo.

De nuevo una mirada de asombro apareció en el rostro algo vacío de la señorita Mary Sutherland. "Sí, salí corriendo de la casa -dijo ella-, porque me enfureció ver la forma tan fácil en que el señor Windibank -es decir, mi padre- se lo tomó todo. No quiso acudir a la policía ni a usted, así que al final, como no quiso hacer nada y siguió diciendo que no se había producido ningún daño, me enfadé, y seguí con mis asuntos y vine enseguida a verle a usted."

"Tu padre", dijo Holmes, "tu padrastro, seguramente, ya que el nombre es diferente".

"Sí, mi padrastro. Le llamo padre, aunque también suena raro, pues sólo tiene cinco años y dos meses más que yo."

"¿Y tu madre está viva?"

"Oh, sí, mamá está viva y bien. No me hizo mucha gracia, señor Holmes, que se casara de nuevo tan pronto después de la muerte de padre, y con un hombre casi quince años más joven que ella. Padre era fontanero en Tottenham Court Road, y dejó un prolijo negocio, que madre llevó adelante con el señor Hardy, el capataz; pero cuando llegó el señor Windibank la obligó a vender el negocio, pues él era un hombre muy superior, ya que era un viajero de los vinos. Obtuvieron cuatro mil setecientas libras por el fondo de comercio y los intereses, lo que no era ni de lejos lo que habría conseguido padre si hubiera estado vivo."

Yo había esperado ver a Sherlock Holmes impaciente bajo esta narración farragosa e intrascendente, pero, por el contrario, había escuchado con la mayor concentración de atención.

"Sus pequeños ingresos", preguntó, "¿salen del negocio?"

"Oh, no, señor. Es algo independiente y me lo dejó mi tío Ned en Auckland. Está en acciones de Nueva Zelanda, que pagan el 4½ por ciento. Dos mil quinientas libras era la cantidad, pero sólo puedo tocar los intereses".

"Me interesa muchísimo", dijo Holmes. "Y ya que saca usted una suma tan grande como cien al año, con lo que gana en el negocio, no cabe duda de que viaja un poco y se da todos los gustos. Creo que una dama soltera puede arreglárselas muy bien con unos ingresos de unas sesenta libras".

"Podría arreglármelas con mucho menos que eso, señor Holmes, pero comprenderá que mientras viva en casa no quiero ser una carga para ellos, y por eso tienen el uso del dinero sólo mientras me quedo con ellos. Por supuesto, eso es sólo por el momento. El señor Windibank cobra mis intereses cada trimestre y se los paga a mi madre, y me parece que me va bastante bien con lo que gano escribiendo a máquina. Me da dos peniques por hoja, y a menudo puedo hacer de quince a veinte hojas en un día."

"Me ha dejado usted muy clara su situación", dijo Holmes. "Este es mi amigo, el doctor Watson, ante quien puede usted hablar con tanta libertad como ante mí. Tenga la amabilidad de contarnos ahora todo sobre su relación con el señor Hosmer Angel".

El rostro de la señorita Sutherland se ruborizó y se atusó nerviosamente los flecos de su chaqueta. "Lo conocí en el baile de los instaladores de gas", dijo. "Solían enviar entradas a papá cuando estaba vivo, y después se acordaban de nosotros y se las enviaban a mamá. El Sr. Windibank no quería que fuéramos. Nunca quiso que fuéramos a ningún sitio. Se enfadaba mucho si yo quería ir a una fiesta de la escuela dominical. Pero esta vez estaba decidida a ir, y lo haría, pues ¿qué derecho tenía a impedirlo? Decía que no nos convenía conocer a la gente, cuando todos los amigos de papá iban a estar allí. Y dijo que yo no tenía nada que ponerme, cuando tenía mi felpa púrpura que nunca había sacado del cajón. Al final, cuando ya no pudo hacer otra cosa, se marchó a Francia por asuntos de la empresa, pero nosotros fuimos, madre y yo, con el señor Hardy, que solía ser nuestro capataz, y fue allí donde conocí al señor Hosmer Angel."

"Supongo", dijo Holmes, "que cuando el señor Windibank volvió de Francia se sintió muy molesto porque usted hubiera ido al baile".

"Oh, bueno, se portó muy bien al respecto. Se rió, recuerdo, y se encogió de hombros, y dijo que era inútil negarle nada a una mujer, pues se saldría con la suya."

"Ya veo. Entonces en el baile de los instaladores de gas conociste, según tengo entendido, a un caballero llamado Sr. Hosmer Angel".

"Sí, señor. Lo conocí esa noche, y llamó al día siguiente para preguntar si habíamos llegado bien a casa, y después de eso nos encontramos con él, es

decir, señor Holmes, me encontré con él dos veces para pasear, pero después de eso padre volvió de nuevo, y el señor Hosmer Angel no pudo venir más a la casa."

"¿No?"

"Bueno, usted sabe que a padre no le gustaba nada de eso. No quería recibir visitas si podía evitarlo, y solía decir que una mujer debía ser feliz en su propio círculo familiar. Pero entonces, como yo le solía decirle a mi madre, una mujer quiere su propio círculo para poder empezar, y yo todavía no había conseguido el mío."

"¿Pero qué hay del señor Hosmer Angel? ¿No hizo ningún intento de verte?"

"Bueno, padre se iba a Francia de nuevo en una semana, y Hosmer escribió y dijo que sería más seguro y mejor no vernos hasta que él se hubiera ido. Podíamos escribirnos mientras tanto, y él solía hacerlo todos los días. Yo llevaba las cartas por la mañana, así que no había necesidad de que padre lo supiera".

"¿Estaba usted comprometida con el caballero en ese momento?"

"Oh, sí, señor Holmes. Nos comprometimos después del primer paseo que dimos. Hosmer -el señor Angel- era cajero en una oficina de Leadenhall Street..."

"¿Qué oficina?"

"Eso es lo peor, señor Holmes, no lo sé".

"¿Dónde vivía, entonces?"

"Dormía en el local".

"¿Y no sabe su dirección?"

"No, excepto que era la calle Leadenhall".

"¿A dónde dirigía sus cartas, entonces?"

"A la Oficina de Correos de Leadenhall Street, para dejarlas hasta que las reclamaran. Decía que si las enviaba a la oficina, todos los demás empleados se burlarían de él por tener cartas de una dama, así que me ofrecí a escribirlas a máquina, como él hacía con las suyas, pero no quiso, porque decía que cuando yo las escribía parecían venir de mí, pero que cuando estaban mecanografiadas siempre sentía que la máquina se había interpuesto entre nosotros. Eso le demostrará el cariño que me tenía, señor Holmes, y las pequeñas cosas que se le ocurrían".

"Era de lo más sugerente", dijo Holmes. "Hace tiempo que es un axioma mío que las pequeñas cosas son infinitamente las más importantes. ¿Puede



recordar alguna otra pequeña cosa del señor Hosmer Angel?"

"Era un hombre muy tímido, señor Holmes. Prefería pasear conmigo por la noche que a la luz del día, porque decía que odiaba llamar la atención. Era muy reservado y caballeroso. Incluso su voz era suave. Me dijo que cuando era joven había padecido de quinina y de glándulas inflamadas, lo que le había dejado una garganta débil y una forma de hablar vacilante y susurrante. Siempre iba bien vestido, muy pulcro y sencillo, pero sus ojos eran débiles, como los míos, y llevaba gafas tintadas contra el resplandor."

"Bueno, ¿y qué pasó cuando el señor Windibank, tu padrastro, regresó a Francia?"

"El señor Hosmer Angel volvió a la casa y propuso que nos casáramos antes de que regresara padre. Se puso muy serio y me hizo jurar, con mis manos sobre el Testamento, que pasara lo que pasara siempre le sería fiel. Mamá dijo que tenía mucha razón al hacerme jurar, y que era una señal de su pasión. Mi madre se mostró desde el principio a favor de él y le tenía más cariño que yo. Luego, cuando hablaron de casarse dentro de una semana, empecé a preguntar por mi padre; pero ambos dijeron que no me preocupara por él, sino que se lo dijera después, y mi madre dijo que lo arreglaría todo con él. Eso no me gustó nada, señor Holmes. Me pareció curioso que le pidiera permiso, ya que sólo era unos años mayor que yo; pero no quería hacer nada a escondidas, así que escribí a padre a Burdeos, donde la empresa tiene sus oficinas francesas, pero la carta me fue devuelta la misma mañana de la boda."

"¿No la recibí, entonces?"

"Sí, señor; porque él había partido hacia Inglaterra justo antes de que llegara".

"¡Ja! eso fue desafortunado. Su boda fue organizada, entonces, para el viernes. ¿Iba a ser en la iglesia?"

"Sí, señor, pero con mucha discreción. Iba a ser en St. Saviour, cerca de King's Cross, y íbamos a desayunar después en el Hotel St. Pancras. Hosmer vino a buscarnos en un carruaje, pero como éramos dos, nos metió a los dos en él y se subió él mismo a un coche de cuatro ruedas, que resultaba ser el único taxi que había en la calle. Llegamos primero a la iglesia, y cuando el coche de cuatro ruedas se acercó, esperamos a que se bajara, pero nunca lo hizo, y cuando el taxista bajó de la cabina y comprobó que no había nadie. El taxista dijo que no podía imaginar lo que le había ocurrido, pues lo había visto entrar con sus propios ojos. Eso fue el viernes pasado, señor

Holmes, y desde entonces no he visto ni oído nada que arroje luz sobre lo que fue de él".

"Me parece que ha sido usted objeto de un trato muy vergonzoso", dijo Holmes.

"¡Oh, no, señor! Era demasiado bueno y amable para dejarme así. Durante toda la mañana me dijo que, pasara lo que pasara, yo debía ser fiel; y que aunque ocurriera algo imprevisto que nos separara, yo debía recordar siempre que estaba comprometida con él, y que él reclamaría su compromiso tarde o temprano. Parecía un discurso extraño para una mañana de bodas, pero lo que ha sucedido desde entonces le da un significado".

"Ciertamente lo hace. ¿Su propia opinión es, entonces, que le ha ocurrido alguna catástrofe imprevista?"

"Sí, señor. Creo que previó algún peligro, pues de lo contrario no habría hablado así. Y entonces creo que lo que previó ocurrió".

"¿Pero no tiene ninguna idea de lo que pudo ser?"

"Ninguna."

"Una pregunta más. ¿Cómo se tomó tu madre el asunto?"

"Se enfadó y me dijo que no volviera a hablar del asunto".

"¿Y tu padre? ¿Se lo contaste?"

"Sí; y parecía pensar, conmigo, que algo había pasado, y que debía volver a saber de Hosmer. Como él dijo, ¿qué interés podía tener alguien en llevarme a las puertas de la iglesia, y luego abandonarme? Ahora bien, si hubiera tomado mi dinero prestado, o si se hubiera casado conmigo y tuviera mi dinero a su cargo, podría haber alguna razón, pero Hosmer era muy independiente en cuanto al dinero y nunca miraría un chelín mío. Y sin embargo, ¿qué pudo haber pasado? ¿Y por qué no pudo escribir? Oh, me vuelve medio loca pensar en ello, y no puedo pegar ojo por la noche". Sacó un pequeño pañuelo de su manguito y comenzó a sollozar fuertemente en él.

"Voy a examinar el caso por usted -dijo Holmes, levantándose- y no me cabe duda de que llegaremos a algún resultado definitivo. Deje que el peso del asunto recaiga sobre mí ahora, y no deje que su mente siga dándole vueltas. Sobre todo, procure que el señor Hosmer Angel desaparezca de su memoria, como lo ha hecho de su vida."

"Entonces, ¿no cree que lo volveré a ver?"

"Me temo que no".

"Entonces, ¿qué le ha pasado?"

"Dejarás esa pregunta en mis manos. Me gustaría tener una descripción exacta de él y cualquier carta suya que pueda usted dar."

"Lo publiqué en el Chronicle del sábado pasado", dijo ella. "Aquí está el resguardo y aquí hay cuatro cartas suyas".

"Gracias. ¿Y su dirección?"

"No. 31 Lyon Place, Camberwell".

"La dirección del Sr. Angel nunca la tuviste, entiendo. ¿Dónde está el lugar de trabajo de su padre?"

"Viaja para Westhouse & Marbank, los grandes importadores de clarete de Fenchurch Street".

"Gracias. Ha hecho su declaración muy bien. Deje los papeles aquí y recuerde el consejo que le he dado. Deje que todo el incidente sea un secreto, y no permita que afecte a su vida".

"Es usted muy amable, señor Holmes, pero no puedo hacer eso. Seré fiel a Hosmer. Me encontrará preparada cuando vuelva".

A pesar del absurdo sombrero y del rostro vacuo, había algo noble en la sencilla fe de nuestra visitante que nos obligaba a respetarla. Dejó su pequeño fajo de papeles sobre la mesa y se marchó, con la promesa de volver cuando la llamaran.

Sherlock Holmes permaneció sentado en silencio durante unos minutos, con las yemas de los dedos todavía apretadas, las piernas estiradas delante de él y la mirada dirigida hacia el techo. Luego bajó del estante la vieja y aceitosa pipa de arcilla, que le servía de consejera, y, tras encenderla, se recostó en su silla, con las gruesas coronas de nubes azules girando hacia arriba, y una mirada de infinita languidez en su rostro.

"Un estudio bastante interesante, el de esa joven", observó. "La encontré más interesante que su pequeño problema, que, por cierto, es bastante trivial. Encontrará casos paralelos, si consulta mi índice, en Andover en el 77, y hubo algo parecido en La Haya el año pasado. Sin embargo, por muy antigua que sea la idea, había uno o dos detalles que eran nuevos para mí. Pero la propia doncella fue muy instructiva".

"Pareció leer en ella muchas cosas que para mí eran invisibles", comenté.

"No invisible, sino inadvertido, Watson. No sabías dónde mirar, y por eso te perdiste todo lo importante. Nunca podré hacer que se dé cuenta de la importancia de las mangas, de lo sugestivo de las uñas de los pulgares o de los grandes temas que pueden colgar de un cordón de bota. Ahora, ¿qué has deducido de la apariencia de esa mujer? Descríbelo".

"Bueno, tenía un sombrero de paja de color pizarra y ala ancha, con una pluma de un rojo ladrillo. Su chaqueta era negra, con abalorios negros cosidos sobre ella, y una franja de pequeños adornos de azabache negro. Su vestido era marrón, más oscuro que el color café, con un poco de felpa púrpura en el cuello y las mangas. Sus guantes eran grisáceos y estaban desgastados en el dedo índice derecho. No observé sus botas. Llevaba unos pequeños pendientes de oro redondos y colgantes, y un aire general de ser bastante pudiente de una manera vulgar, cómoda y despreocupada."

Sherlock Holmes dio una suave palmada y se rió.

"Mi palabra, Watson, es que está usted muy acertado. Realmente lo ha hecho muy bien. Es cierto que ha pasado por alto todo lo importante, pero ha dado con el método y tiene un ojo rápido para el color. Nunca confíe en las impresiones generales, muchacho, sino concéntrese en los detalles. Mi primera mirada es siempre a la manga de una mujer. En un hombre, tal vez sea mejor mirar primero la rodilla del pantalón. Como observa, esta mujer llevaba felpa en las mangas, que es un material muy útil para mostrar las huellas. La doble línea un poco por encima de la muñeca, donde la mecanógrafa presiona contra la mesa, estaba bellamente definida. La máquina de coser, de tipo manual, deja una marca similar, pero sólo en el brazo izquierdo, y en el lado más alejado del pulgar, en lugar de estar justo en la parte más ancha, como era ésta. Entonces le miré la cara y, al observar la marca de las gafas a cada lado de la nariz, me aventuré a hacer un comentario sobre la vista corta y la escritura a máquina, que pareció sorprenderla."

"Me sorprendió".

"Pero, seguramente, era obvio. Entonces me sorprendió y me interesó mucho al mirar hacia abajo y observar que, aunque las botas que llevaba no eran diferentes entre sí, eran realmente extrañas; una tenía la puntera ligeramente decorada y la otra era lisa. Una estaba abrochada sólo en los dos botones inferiores de los cinco, y la otra en el primero, el tercero y el quinto. Ahora bien, cuando uno ve que una joven, por lo demás pulcramente vestida, ha salido de casa con unas botas extrañas, a medio abrochar, no es una gran deducción decir que salió con prisa."

"¿Y qué más?" pregunté, muy interesado, como siempre, por el incisivo razonamiento de mi amigo.

"Observé, de pasada, que había escrito una nota antes de salir de casa, pero después de estar completamente vestida. Usted observó que su guante derecho estaba roto a la altura del dedo índice, pero al parecer no vio que

tanto el guante como el dedo estaban manchados de tinta violeta. Había escrito con prisa y había mojado demasiado la pluma. Debe haber sido esta mañana, o la marca no quedaría clara en el dedo. Todo esto es divertido, aunque bastante elemental, pero debo volver a los negocios, Watson. ¿Le importaría leerme la descripción publicada del señor Hosmer Angel?"

Extendí el pequeño papel impreso a la luz.

"Desaparecido", decía, "en la mañana del día catorce, un caballero llamado Hosmer Angel. Mide aproximadamente un metro setenta y cinco de estatura, es de compleción fuerte, tiene el pelo negro, un poco calvo en el centro, bigotes y barbas negras; lleva gafas tintadas y tiene una ligera dificultad para hablar. Cuando se le vio por última vez, llevaba un abrigo negro forrado de seda, un chaleco negro, una cadena dorada de Albert y unos pantalones grises de tweed Harris, con polainas marrones sobre botas elásticas. Se sabe que trabajaba en una oficina de Leadenhall Street. Cualquiera que traiga..."

"Eso es todo", dijo Holmes. "En cuanto a las cartas -continuó, echando un vistazo a ellas-, son muy comunes. No hay absolutamente ninguna pista sobre el señor Angel, salvo que cita a Balzac una vez. Sin embargo, hay un punto notable que sin duda le llamará la atención".

"Están escritas a máquina", comenté.

"No sólo eso, sino que la firma está escrita a máquina. Fíjese en el pequeño y pulcro "Ángel Hosmer" que aparece al final. Hay una fecha, como ves, pero no hay ninguna superinscripción, excepto la de Leadenhall Street, que es bastante vaga. El punto de la firma es muy sugerente; de hecho, podemos llamarlo concluyente."

"¿De qué?"

"Mi querido amigo, ¿es posible que no vea lo mucho que influye en el caso?"

"No puedo decir que lo vea, a menos que quisiera poder negar su firma si se iniciara una acción por incumplimiento de la promesa".

"No, esa no era la cuestión. Sin embargo, voy a escribir dos cartas, que deberían resolver el asunto. Una es para una empresa de la ciudad, la otra es para el padastro de la joven, el señor Windibank, preguntándole si puede reunirse con nosotros mañana a las seis de la tarde. Es mejor que hagamos negocios con los familiares masculinos. Y ahora, doctor, no podemos hacer nada hasta que lleguen las respuestas a esas cartas, de modo que podemos dejar nuestro pequeño problema en el tintero por el momento."

Había tenido tantas razones para creer en los sutiles poderes de razonamiento de mi amigo y en su extraordinaria energía en la acción, que sentí que debía tener alguna base sólida para el comportamiento seguro y sencillo con el que trataba el singular misterio que se le había pedido que desentrañara. Sólo una vez le había visto fracasar, en el caso del Rey de Bohemia y de la fotografía de Irene Adler; pero cuando volví a pensar en el extraño asunto del Signo de los Cuatro y en las extraordinarias circunstancias relacionadas con el Estudio en Escarlata, sentí que sería una extraña maraña que no podría desentrañar.

Le dejé entonces, todavía dando una calada a su pipa de arcilla negra, con la convicción de que cuando volviera a la noche siguiente descubriría que tenía en sus manos todas las pistas que conducirían a la identidad del desaparecido novio de la señorita Mary Sutherland.

Un caso profesional de gran gravedad ocupaba mi atención en ese momento, y todo el día siguiente estuve ocupado junto a la cama de la víctima. Hasta casi las seis de la tarde no me encontré libre y pude subirme a un coche de alquiler y conducir hasta Baker Street, temiendo a veces llegar demasiado tarde para asistir al desenlace del pequeño misterio. Sin embargo, encontré a Sherlock Holmes solo, medio dormido, con su forma larga y delgada acurrucada en los recovecos de su sillón. Un formidable conjunto de frascos y tubos de ensayo, con el penetrante y limpio olor del ácido clorhídrico, me indicó que había pasado el día en el trabajo químico que tanto le gustaba.

"Bueno, ¿lo has resuelto?" pregunté al entrar.

"Sí. Era el bisulfato de barita".

"¡No, no, el misterio!" grité.

"¡Ah, eso! Pensé en la sal en la que he estado trabajando. Nunca hubo ningún misterio en el asunto, aunque, como dije ayer, algunos de los detalles son de interés. El único inconveniente es que no hay ley, me temo, que pueda tocar al canalla".

"¿Quién era, entonces, y cuál era su objetivo al abandonar a la señorita Sutherland?"

La pregunta apenas había salido de mi boca, y Holmes aún no había abierto los labios para responder, cuando oímos una fuerte pisada en el pasillo y un golpe en la puerta.

"Es el padrastro de la niña, el señor James Windibank", dijo Holmes.

"Me ha escrito para decirme que estaría aquí a las seis. Pase".

El hombre que entró era un tipo robusto y de mediana estatura, de unos treinta años de edad, bien afeitado y de piel pálida, con unos modales insinuantes y un par de ojos grises maravillosamente agudos y penetrantes. Nos dirigió una mirada interrogativa a cada uno de nosotros, colocó su brillante sombrero de copa sobre el aparador y, con una leve inclinación, se sentó en la silla más cercana.

"Buenas noches, señor James Windibank -dijo Holmes-. "Creo que esta carta mecanografiada es de usted, en la que ha concertado una cita conmigo para las seis".

"Sí, señor. Me temo que llego un poco tarde, pero no soy del todo mi propio dueño, ya sabe. Lamento que la señorita Sutherland le haya molestado con este pequeño asunto, pues creo que es mucho mejor evitar que se haga público. Fue en contra de mis deseos que viniera, pero es una chica muy impulsiva y excitable, como habrá notado, y no es fácil de controlar cuando se ha decidido por una cuestión. Por supuesto, no me importaba tanto, ya que usted no está relacionado con la policía oficial, pero no es agradable que una desgracia familiar como ésta se difunda en el extranjero. Además, es un gasto inútil, pues ¿cómo podría usted encontrar a ese Ángel Hosmer?"

"Al contrario", dijo Holmes tranquilamente; "tengo todos los motivos para creer que conseguiré descubrir al señor Hosmer Angel".

El señor Windibank dio un violento respingo y dejó caer sus guantes. "Estoy encantado de oírlo", dijo.

"Es curioso -observó Holmes- que una máquina de escribir tenga realmente tanta individualidad como la letra de un hombre. A menos que sean muy nuevas, no hay dos que escriban exactamente igual. Algunas letras se desgastan más que otras, y algunas se desgastan sólo por un lado. Ahora bien, usted observa en esta nota suya, señor Windibank, que en todos los casos hay algún pequeño deslizamiento de la e, y un ligero defecto en la cola de la r. Hay otras catorce características, pero esas son las más evidentes."

"Hacemos toda nuestra correspondencia con esta máquina en la oficina, y sin duda está un poco gastada", respondió nuestro visitante, mirando agudamente a Holmes con sus pequeños y brillantes ojos.

"Y ahora le mostraré lo que es realmente un estudio muy interesante, señor Windibank", continuó Holmes. "Pienso escribir otra breve monografía algún día de estos sobre la máquina de escribir y su relación con el crimen. Es un tema al que he dedicado un poco de atención. Tengo aquí cuatro car-

tas que supuestamente proceden del hombre desaparecido. Todas están escritas a máquina. En cada una de ellas, no sólo las e están arrastradas y las r no tienen cola, sino que observará usted, si se molesta en utilizar mi lupa, que las otras catorce características a las que he aludido también están ahí."

El señor Windibank se levantó de su silla y recogió su sombrero. "No puedo perder el tiempo con este tipo de conversaciones fantásticas, señor Holmes", dijo. "Si puede atrapar al hombre, atrápelo, y avíseme cuando lo haya hecho".

"Desde luego", dijo Holmes, acercándose y girando la llave en la puerta. "¡Le hago saber, entonces, que lo he atrapado!"

"¿Qué? ¿Dónde?", gritó el señor Windibank, poniéndose blanco hasta los labios y mirando a su alrededor como una rata en una trampa.

"Oh, no funcionará, realmente no funcionará", dijo Holmes con suavidad. "No hay forma de evitarlo, señor Windibank. Es demasiado transparente, y fue un muy mal cumplido cuando dijo usted que me era imposible resolver una cuestión tan sencilla. ¡Así es! Siéntese y hablemos de ello".

Nuestro visitante se desplomó en una silla, con un rostro espantoso y un brillo de humedad en su frente. "No es procesable", tartamudeó.

"Me temo que no lo es. Pero, entre nosotros, Windibank, fue un truco tan cruel, egoísta y despiadado como jamás se me ocurrió. Ahora, permítame repasar el curso de los acontecimientos, y usted me contradecirá si me equivoco".

El hombre se sentó acurrucado en su silla, con la cabeza hundida en el pecho, como quien está totalmente aplastado. Holmes apoyó los pies en la esquina de la repisa de la chimenea y, echándose hacia atrás con las manos en los bolsillos, empezó a hablar, más bien para sí mismo, según parecía, que para nosotros.

"El hombre se casó con una mujer mucho mayor que él por su dinero - dijo-, y disfrutó del dinero de la hija mientras ella vivió con ellos. Era una suma considerable, para gente de su posición, y su pérdida habría supuesto una gran diferencia. Merecía la pena hacer un esfuerzo para conservarlo. La hija era de buena disposición, afable, pero cariñosa y afectuosa a su manera, de modo que era evidente que con sus buenas ventajas personales y sus escasos ingresos, no se le permitiría permanecer soltera por mucho tiempo. Ahora bien, su matrimonio significaría, por supuesto, la pérdida de cien dólares al año, así que ¿qué hace su padrastro para evitarlo? Toma la medida obvia de mantenerla en casa y prohibirle que busque la compañía de perso-



nas de su edad. Pero pronto se dio cuenta de que eso no sería suficiente para siempre. Ella se inquieta, insiste en sus derechos y finalmente anuncia su intención de ir a un baile. ¿Qué hace entonces su inteligente padrastro? Concibe una idea más digna de su cabeza que de su corazón. Con la connivencia y la ayuda de su esposa se disfrazó, cubrió esos ojos agudos con gafas tintadas, enmascaró la cara con un bigote y un par de bigotes tupidos, hundió esa voz clara en un susurro insinuante, y doblemente protegido a causa de la corta vista de la chica, se presenta como el señor Hosmer Angel, y aleja a otros amantes al enamorarla él mismo."

"Al principio sólo era una broma", gimió nuestro visitante. "Nunca pensamos que se hubiera dejado llevar tanto".

"Es muy probable que no. Sea como fuere, la joven se dejó llevar muy decididamente, y, habiéndose hecho a la idea de que su padrastro estaba en Francia, la sospecha de traición no se le pasó por la cabeza ni un instante. Se sintió halagada por las atenciones del caballero, y el efecto se incrementó por la admiración expresada en voz alta por su madre. Entonces el señor Angel comenzó a llamar, pues era obvio que había que llevar el asunto lo más lejos posible si se quería producir un efecto real. Hubo reuniones, y un compromiso, que finalmente aseguraría que los afectos de la chica no se dirigieran hacia nadie más. Pero el engaño no podía mantenerse para siempre. Estos supuestos viajes a Francia eran bastante engorrosos. Lo que había que hacer era, evidentemente, poner fin al asunto de una manera tan dramática que dejara una impresión permanente en la mente de la joven y le impidiera mirar a cualquier otro pretendiente durante algún tiempo. De ahí aquellos votos de fidelidad exigidos en un testamento, y de ahí también las alusiones a la posibilidad de que algo ocurriera la misma mañana de la boda. James Windibank deseaba que la señorita Sutherland estuviera tan ligada a Hosmer Angel y tan insegura en cuanto a su destino, que durante diez años, al menos, no escuchara a otro hombre. La llevó hasta la puerta de la iglesia y luego, como no podía ir más lejos, desapareció convenientemente mediante el viejo truco de entrar por una puerta de un vehículo de cuatro ruedas y salir por la otra. Creo que esa fue la cadena de acontecimientos, señor Windibank".

Nuestro visitante había recuperado algo de su seguridad mientras Holmes hablaba, y se levantó ahora de su silla con una fría mueca en su pálido rostro.

"Puede que sea así, o puede que no, señor Holmes -dijo-, pero si es usted tan agudo debería serlo lo suficiente para saber que es usted quien está infringiendo la ley ahora, y no yo. Yo no he hecho nada procesable desde el principio, pero mientras mantenga esa puerta cerrada se expone a una acción por agresión y coacción ilegal."

"La ley no puede, como usted dice, tocarle a usted", dijo Holmes, desbloqueando y abriendo de golpe la puerta, "sin embargo, nunca hubo un hombre que mereciera más el castigo. Si la joven tiene un hermano o un amigo, debería darle un latigazo en los hombros. Por Dios -continuó, enrojeciendo al ver la amarga mueca de desprecio en el rostro del hombre-, no forma parte de mis deberes para con mi cliente, pero aquí hay una fusta de caza a mano, y creo que voy a darme el gusto de..." Dio dos pasos rápidos hacia el látigo, pero antes de que pudiera agarrarlo hubo un salvaje estruendo de pasos en la escalera, la pesada puerta del vestíbulo golpeó, y desde la ventana pudimos ver al señor James Windibank corriendo a toda velocidad por el camino.

"¡Ese es un canalla de sangre fría!", dijo Holmes, riendo, mientras se arrojaba una vez más a su silla. "Ese tipo irá de crimen en crimen hasta que haga algo muy malo y acabe en la horca. El caso, en ciertos aspectos, no ha estado del todo desprovisto de interés".

"Ahora no puedo ver del todo bien los pasos de su razonamiento", comenté.

"Bueno, por supuesto era obvio desde el principio que este señor Hosmer Angel debía tener algún motivo de peso para su curiosa conducta, y estaba igualmente claro que el único hombre que realmente se benefició del incidente, por lo que pudimos ver, fue el padrastro. Además, el hecho de que los dos hombres no estuvieran nunca juntos, sino que uno apareciera siempre cuando el otro estaba ausente, era sugestivo. También lo eran las gafas tintadas y la curiosa voz, que apuntaban a un disfraz, al igual que los tupidos bigotes. Mis sospechas se vieron confirmadas por su peculiar forma de escribir a máquina su firma, lo que, por supuesto, deducía que su letra le era tan familiar que reconocía hasta la más mínima muestra de ella. Como ve, todos estos hechos aislados, junto con muchos otros menores, apuntaban todos en la misma dirección."

"¿Y cómo los verificó?"

"Habiendo localizado a mi hombre, fue fácil conseguir la corroboración. Conocía la empresa para la que trabajaba este hombre. Una vez tomada la

descripción impresa, eliminé de ella todo lo que pudiera ser resultado de un disfraz: los bigotes, las gafas, la voz, y la envié a la empresa, con la petición de que me informaran si respondía a la descripción de alguno de sus viajeros. Ya había notado las peculiaridades de la máquina de escribir, y escribí al propio hombre a su dirección comercial preguntándole si vendría aquí. Como esperaba, su respuesta estaba mecanografiada y revelaba los mismos defectos triviales pero característicos. El mismo correo me trajo una carta de Westhouse & Marbank, de Fenchurch Street, para decirme que la descripción coincidía en todos los aspectos con la de su empleado, James Windibank. Voilà tout!"

"¿Y la señorita Sutherland?"

"Si se lo digo no me creerá. Tal vez recuerde el viejo dicho persa: "Hay peligro para quien se lleva el cachorro de tigre, y peligro también para quien arrebató un engaño a una mujer". Hay tanto sentido común en Hafiz como en Horacio, y tanto conocimiento del mundo".

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**